

Los pastores

Los que hemos nacido y residido en los pueblos, recordamos muchas tradiciones, oficios y profesiones que se han perdido, por ejemplo el pastoreo.



En la década 1950/60, en nuestro pueblo, la cabaña de ovino rondaría las 3.000 cabezas y los hombres que cuidaban de ellas unos 35, entre mayores y ayudantes “rochanos” como les llamaban en ese argot.

Aunque existían varios rebaños dentro del casco urbano, la mayor parte se hallaba diseminado en las siguientes casas de campo de nuestro término: la Carbonera, el Raso, Casalonga, Casa Blanca, los Cogollares, Casa de las Monjas, Corral del Rulo, Corral de Antón, las Presas, Fuente Lipe, Corral del Vicario, Corral Colorado, Corral de los Boteos, las Tinadas, Corral de Maleta, Corral de la Rubia, Casa de la Morra, las Cuadras, Tinadas del Obregón, Casa del Nene y Corral de la Perlita.

Los pastores eran hombres curtidos que trabajaban entre 15 y 18 horas al día. La mayor parte residían en pequeñas casas construidas junto a los apriscos, algunos residían en el pueblo y se desplazaba hasta las instalaciones con ágiles burros.

Al amanecer soltaban el rebaño, la mayor parte de los animales portaba un pequeño cencerro o cascabel, dando al campo vida y alegría.

La mayoría no fueron escolarizados, por consiguiente, no sabían leer ni escribir, pero todos sabemos de su sencillez, humildad y generosidad. En numerosas ocasiones han ayudado a agricultores que han atascado o han volcado el carro con su carga y en faenas agrícolas desempeñadas por mujeres embarazadas y niños, y han ordeñado sus cabras en el campo dando de beber a personas desnutridas.

Eran unos auténticos meteorólogos, las nubes y el viento eran para ellos indicadores del tiempo, con previsiones acertadas y sabían la hora en cualquier momento, midiendo con el brazo extendido, los dedos que había desde el horizonte hasta el sol.

La dureza de esta profesión y la mala remuneración, hacen que desaparezcan estos rebaños. En nuestro pueblo solo queda un rebaño de 150 cabezas y su dueño desea venderlo ante la imposibilidad de reestructurar las instalaciones como exige la administración, con sala de ordeño mecánico, tanques para enfriar la leche, etc..

Con la desaparición de estos profesionales hemos perdido, riqueza, empleo, estética en nuestros campos y unos productos riquísimos como la carne y el queso.

Debemos reconocer la labor de aquellos hombres y recordarles con mucho afecto.

José M^a Jiménez Rodrigo
Villar de Cañas, octubre de 2008